

La historia como polémica: El análisis de contrarios en *La formación de la clase obrera en Inglaterra*

History as Argument: The Contrarian Analytics of *The Making of the English Working Class*

Bryan D. Palmer
Universidad de Trent

Traducción de Ezequiel Martínez Llorente

RESUMEN

El artículo explora el significado y la importancia de la argumentación en *La formación de la clase obrera en Inglaterra* de E.P. Explora cómo Thompson utiliza las tres partes de su estudio - «El árbol de la libertad», «La maldición de Adán», y «La Presencia de la clase obrera» - para argumentar en contra de las tradiciones específicas de interpretación de la experiencia de la clase obrera que surge de los autodidactas de clase obrera y del movimiento obrero, de los apologistas conservadores del desarrollo del capitalismo, y de la comprensión izquierdista asociada, por un lado, a la socialdemocracia y, por otro, a las versiones mecanicistas del marxismo. La conocida insistencia de Thompson sobre la acción humana se explica así por las formas en las que argumentó en contra de las sabidurías tradicionales asociadas a la clase obrera y sus instituciones, en contra de los comentaristas conservadores, y en contra del pensamiento convencional de izquierdas.

* Este artículo constituyó la sustancia de dos discursos de presentación en la serie de conferencias que conmemoró el cincuenta aniversario de *La formación de la clase obrera en Inglaterra* de E. P. Thompson, en octubre y noviembre de 2013. El primero tuvo lugar en la División de Humanidades de la Universidad Autónoma de México, y el segundo en la Society for the Study of Labour History, en su conferencia anual, en Halifax, Inglaterra. Mi agradecimiento a los organizadores por invitarme a participar en estos eventos y al público por los comentarios que realizaron.

PALABRAS CLAVE: E.P. Thompson; marxismo ; polémica; educación de adultos; capitalismo; democracia social; fabianismo; estalinismo; interpretación histórica; clase trabajadora; Inglaterra; dialéctica

ABSTRACT

The article explores the wide-ranging meaning and importance of argument in E.P. Thompson's *The Making of the English Working Class*. It explores how Thompson used the three parts of his study - 'The Liberty Tree'; 'The Curse of Adam'; and 'The Working-Class Presence' - to argue against specific traditions of interpretation of working-class experience arising from working-class autodidacts and the labour movement, conservative apologists for capitalism's development, and left-wing understandings associated with social democracy on the one hand and mechanical versions of Marxism on the other. Thompson's well-known accent on human agency is thus explained through the ways in which he argued against conventional wisdoms associated with the working class and its institutions, conservative commentators, and conventional left-wing thought.

KEYWORDS: E.P. Thompson; Marxism; Argument; Adult Education; Capitalism; Social Democracy; Fabianism; Stalinism; Historical Interpretation; Working Class; England; Dialectics

“...intentando ser todo lo razonables que podamos, es nuestra obligación polemizar”.

C. Wright Mills, *La imaginación sociológica*

Hay pocas palabras en el vocabulario de Edward Thompson más utilizadas o con más valor que polémica. Tomemos por ejemplo el prólogo de 1978 para *The Poverty of Theory & Other Essays*, en el que Thompson subrayaba que la política del internacionalismo socialista era necesariamente un «curso, un intercambio. La polémica es su signo verdadero» (Thompson 1978: iv). Ciertamente, discutir las cosas para Thompson era una suerte de imperativo metodológico. «Sólo al enfrentarme con una oposición soy capaz de definir mi pensamiento», le escribió a Leszek Kolakowski en 1973, comparándose con una gran avutarda que, «por una ley bien conocida por los aeronáuticos, únicamente

se eleva en el aire cuando le sopla un fuerte viento de cara» (Thompson 1978: 396). Thompson, de forma muy similar a su tan admirado William Blake, articulaba maneras de «romper con el saber común y el moralismo, para internarse en nuevas posibilidades». La polémica era, tanto para Thompson como para Blake, un modo de preservar «la visión divina en tiempos de tribulación», y en el tan a menudo contradictorio híbrido histórico, resultaba posible abarcar «tradiciones incompatibles», que podían «mantenerse en una tensión polarizada» y «ser debatidas como contrarias» (Thompson 1993: 20-21, 228-229; Palmer 2013; Chandavarkar 1997). Ya al abandonar el Partido Comunista de Gran Bretaña en 1956, Thompson había comprendido la importancia de la polémica razonada. Al debatir con John Saville sobre la clase de periódico que deseaban lanzar como la voz del comunismo renovado, Thompson dejó escrito: «[Lo] primordial que quiero en este periódico es ataque» (Matthews 2013: 68). Por supuesto, había mucho que criticar, no sólo dentro de la sociedad convencional y su hegemonía capitalista, sino también dentro de la izquierda, donde las filiações equivocadas con la degradada Unión Soviética y el abrazo incondicional del estalinismo debilitaron seriamente la posibilidad de una revolución. Los *reasoners* de 1956, liderados por Thompson, su mujer Dorothy y John Saville, se despidieron del Partido Comunista bajo la bandera de una cita de Marx: «No refutar el error alienta la inmoralidad intelectual» (Palmer 1981: 73). Thompson, como C. Wright Mills, su colega en las movilizaciones de la disidencia en los años cincuenta, adoptó una postura que traía el eco fiel del poderoso poema de W. H. Auden «1 de septiembre de 1939», escrito cuando la guerra se declaraba en Europa:

“Lo único que tengo es una voz para deshacer la mentira y sus dobleces, la mentira romántica en la mente del hombre sensual de la calle y la mentira de la autoridad cuyos edificios tantean el cielo...” (Thompson 1978: 220; Thompson 1979: 64)

DESHACER LA MENTIRA Y SUS DOBLECES

Esa diversidad de la polémica (expresada en el poema de Auden) es precisamente lo que anima *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. En lo que respecta al tono de Thompson, gracias a ese elemento su escritura se diferenció marcadamente de casi todo lo que era habitual en los círculos académicos.

Thompson justificaba su tono polemista arremetiendo contra la engañosa cortesía del discurso académico, embozado con las seducciones de los diálogos galantes, que cargaban con el lastre del fetiche de la vacuidad y se exhibían prolijamente (y santurronamente) como la única forma de diálogo educado:

“A veces imagino este medio (y es la beata solemnidad de la procesión lo que me provoca la irreverencia) como una señora ya vetusta, familiar cercana del señor Eliot, tan distinguida que ya se ha convertido en toda una institución: La Tradición con mayúsculas. Ahí la tenemos sentada, con el tocado almidonado en la cabeza, tejiendo definiciones sin atender a reconocimientos ni recompensas (algunas de ellas serán empaquetadas con destino a las víctimas de la industria), ¡y cuánto ha de cuidar uno el lenguaje en su presencia! A la primera palabra malsonante, a la mínima sospecha de una carcajada o de una controversia delante de ella, a la Tradición seguramente se le caiga un punto y tenga que volver a tejer todas esas definiciones desde el principio [...] Pero la Tradición no ha sido siempre así: Burke lanzaba improperios, Cobbett vituperaba, Arnold era capaz de la insinuación más maliciosa, Carlyle, Ruskin y D. H. Lawrence, en la mediana edad, no reparaban en nadie. Tal vez podamos lamentar esto: pero nadie me convencerá de que la comunicación de la ira, de la indignación, o incluso de la mala intención, es menos genuina. Lo que se pone en evidencia aquí es una preferencia encubierta —en el nombre de la «comunicación genuina»— hacia el lenguaje académico”.
(Thompson 1961: 25; también Thompson 1970)

Dejando a un lado el estereotipo sexista por el que ha pasado el tiempo, esta defensa de la escritura entendida como polémica se proyecta hasta nuestros días. Y si bien hay que reconocer que, tras el éxito académico de *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Thompson se mostró más contenido en sus investigaciones históricas, poniendo mayor empeño en «afinar» sus «bagajes académicos» con la precisión, exactitud y documentación que requerían unos trabajos sujetos necesariamente al escrutinio de una «profesión mayoritariamente conservadora», su texto más famoso e influyente no fue compuesto en ese tenor, tan ostensible en lo que él luego definiría como «mi actitud más que nada irreverente frente a la corrección académica». *La formación*, en pocas palabras, no era «un libro escrito para un público académico». En lugar de eso, se gestó en el ámbito de la educación para adultos, y sus destinatarios, tal como los imaginó

el autor, eran «la gente trabajadora, sindicalistas, oficinistas, profesores, etcétera [...] y también el público de la izquierda, del movimiento obrero y de la Nueva Izquierda», entre los que se contaban los clubes New Left que tanto encomiaban Edward y Dorothy Thompson y Stuart Hall (Thompson 1959; Thompson 1959a). «Intentaba exponer las preocupaciones teóricas y filosóficas originadas en diez años de cursos de extensión universitaria», anotó Thompson en 1980, estando el libro dirigido al «buen estudiante externo [...] Era más probable que mis materiales provinieran de la biblioteca de Batley que de la *Economic History Review*». Para Thompson, no se trataba en absoluto «de la tradición académica, de algo aprendido» (Matthews 2013: 68, Merrill 1983: 7; Palmer 1994: 90-92). Por todo esto, el tono de Thompson al elaborar *La formación* se emparentaba más con el de Jonathan Swift o William Hazlitt que con el de un seminario universitario.

Además de marcar el tono, el espíritu polémico decidió en gran manera el orden de *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Un enérgico análisis de contrarios propulsa el libro, y al ahondarse en las mentiras y sus dobleces, que envuelven el proceso de la formación de clase en las numerosas capas de «la enorme condescendencia de la posteridad», el libro adquiere una enérgica y permanente prominencia y su estructura única (Thompson 1968: 13). En un plano, tal como enunció con claridad el mismo Thompson, el libro partía de «una controversia teórica con dos caras», enfrentada por un lado a una «disciplina de la historia económica firme y muy bien fundada intelectualmente [...] muy contaminada por la ideología capitalista», y por otro «a anotaciones abreviadas del marxismo de corte económico» que «simplificaban [...] la génesis de la clase trabajadora» (Merrill 1983: 6-7). Dicho esto, la composición de *La formación de la clase obrera en Inglaterra* supuso un proceso mucho más complicado.

A pesar de la gran producción crítica generada en torno a Thompson, pocos han sido los que se han aventurado a dar su parecer sobre la organización de *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, singular, bastante errática y ciertamente repetitiva (Anderson 1980). Y, sin embargo, como sugeriré luego al abordar los diferentes niveles de la argumentación de Thompson, había razones que explicaban el peculiar modo en que el libro disponía su relato sobre la formación de clase.

LAS POLÉMICAS EN TODOS LOS FRENTE DE AUDEN

Si tomamos prestada la metáfora de Auden sobre «la mentira y sus dobleces» y la amplificamos tal como hizo él, podemos localizar las diferentes áreas en las que

Thompson debatió contra las convenciones y las posturas ideológicas estandarizadas. A eso se refería cuando, en el prólogo de *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, revelaba (bastante eufemísticamente) que había sido «consciente, en algunas ocasiones, de estar escribiendo contra el peso de las ortodoxias imperantes» (Thompson 1968: 12). Para complicar más las cosas, esas ortodoxias no estaban en absoluto cortadas por un mismo patrón. Si atendemos a Auden, distinguiremos tres clases particulares de ortodoxia —con pocas cosas en común salvo la exigencia de reconsideración o rechazo— contra las que Thompson contendió. El tono de éste variaba según el punto de vista que intentara desarrollar, un punto de vista que, a su vez, era inseparable de las convenciones que él ponía en tela de juicio.

En primer lugar, figurarían las tradiciones y asociaciones del «hombre sensual de la calle», que pueden equipararse a la complicada herencia de la clase trabajadora inglesa. Su autoaprendizaje se componía de muchos elementos ambivalentes: por un lado, existían caudales radicales y remolinos sedicentes, aquéllos que sustentaban las corrientes de resistencia que discurrieron desde el siglo XVIII hasta los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Esas corrientes eran las que Thompson deseaba revitalizar. Pero también había una intrincada inercia permanentemente incorporada a su historia y a su tan a menudo contradictoria naturaleza. Los usos y saberes «sensuales» surgidos de la vida obrera y los choques clasistas que caracterizaban sus jornadas diarias necesitaban ser agitados para no caer en el letargo, y también desafiados para frenar cualquier descenso en la complacencia, o incluso en la capitulación. Éste era señaladamente el caso del movimiento obrero, en el que las conquistas históricas obtenidas mediante la lucha luego amparaban orientaciones que aparentemente consolidaban esos logros rebajando, e incluso anulando, la importancia esas actuaciones más combativas que, en realidad, habían contribuido a los avances aún cuando parecían arrumbadas (Anderson 1966; Nairn 1964). Thompson no pretendía a mitificar al «hombre sensual de la calle» sin observar previamente sus acciones concretas sino que más bien pretendía establecer con él una relación de complejo equilibrio en el que resultaba primordial la renegociación de los puntos fuertes y débiles de la herencia de clase. Thompson sabía, como joven instructor del programa de educación para adultos en el Extramural Department de la Universidad de Leeds, dirigido por Stanley Raybould, que tenía que elevar el grado de conciencia de la clase trabajadora, no presentarse ante ella genuflexo.

Así pues, cuando se le inquiría sobre su objetivo al enseñar a trabajadores, contestaba con franqueza, y con notable despreocupación, que buscaba «hacer socialistas, crear revolucionarios y transformar la sociedad» (Searby 1993: 3; Fieldhouse 2013: 27; Steele 2013).

El *Weekend in Dinlock* de Clancy Sigal nos presenta a un Edward Thompson ficcionalizado, aquí llamado Charles, un profesor universitario de Halifax que escribe un libro sobre la historia obrera y enseña a los trabajadores. El protagonista de la novela de Sigal persigue la «instrucción» que pueda proporcionarle Charles a partir de sus experiencias en una comunidad minera. Charles aprende las historias de Dinlock, recapacita sobre ellas, y responde: «Es un sitio muy atrasado, ya sabe» (Sigal 1961: 83). A lo largo de *La formación*, el entusiasmo de Thompson por los logros de los organizadores y militantes de la clase obrera se expande normalmente hasta el reconocimiento de las consecuencias dentro de esas comunidades que pugnaban frente a las penosas realidades materiales de una economía de mercado despersonalizada. Pero Thompson también advertía todo lo que iba perdiéndose con el colapso de los «años de autoaprendizaje», en oficios como el de tejedor de telar manual, hasta acabar cubierto por «una pátina de lugares comunes». Algunos poetas-tejedores, señalaba Thompson, se las ingeniaban para adquirir conocimientos sobre los escritos clásicos de Virgilio, Ovidio y Homero, y también sobre biología y botánica. Pero al haberse atrofiado los frutos de su cultura autodidacta, sus versos mostraban «pocos méritos literarios», y se caracterizaban por el patetismo y una emulación forzada de formas literarias que les eran ajenas; cavilaciones afectadas que lamentaban que «todo se ha terminado, debo continuar trabajando entre el matraqueo de la maquinaria». No era una materia propicia para la idealización romántica o la concesión populista al pedigrí de clase. En lugar de eso, mostraba cómo se formaba una clase atenazada por la subordinación, siendo el radicalismo y las movilizaciones colectivas como el cartismo los combustibles de su creatividad. Por desgracia, como reconocía Thompson, el proceso de gestación de esa clase había dejado muchas víctimas, entre ellas aquéllos cuya caída en estatus se medía a partir de una merma en su bienestar material, en su independencia y en la vitalidad de su cultura (Thompson 1968: 322-325). Además, Thompson sometía a un minucioso examen incluso a los iconos del radicalismo emergente. Por mucho que viera en Paine a un publicista genial, alguien reverenciado por los sectores radicales de la clase obrera, también advertía las limitaciones de su labor de agitación. Paine, escribió Thompson, carecía de «la capacidad de leer en profundidad, de todo sentido de seguridad cultural, y lo traicionaban la arrogancia y el temperamento impetuoso

responsables de pasajes mediocres de su escritura». Subrayaba Thompson que «no pueden olvidarse las limitaciones del “raciocinio” de Paine», y detectaba en él «una labia hueca y una falta de recursos imaginativos», lo que le traía a la memoria «las críticas de Blake a la “visión unifocal”» (Thompson 1968: 98, 107).

El rechazo por parte de Thompson de la condescendencia no se tradujo pues en un retraimiento sentimental de la crítica razonada sobre las limitaciones de la experiencia de la clase trabajadora. Sin embargo, esas censuras siempre se fundaron en las enseñanzas que, como insistía Thompson, todos los intelectuales y profesores del ámbito universitario podían acumular mediante el contacto con la gente trabajadora y sus vivencias. En 1950, en un debate sobre la educación obrera, en particular sobre los «estándares universitarios», Thompson se mantuvo inflexible frente a la visión de que la pedagogía de los oprimidos debía ir en un único sentido, con las exigencias de la academia trasplantándose a las comunidades plebeyas. Citando el *Jude el oscuro* de Thomas Hardy, Thompson destacaba una revelación incluida en esa obra, según la cual «el patio empedrado» de un albañil constituía «una concentración de esfuerzo tan valiosa como la dignificada por el nombre del estudio académico de la universidad más reputada» (Palmer 1994: 64-67). Thompson abrazaba incondicionalmente la compasión y la capacidad de William Wordsworth para escuchar «de las bocas de los hombres bajos y oscuros / una historia de honor». Ciertamente, Thompson hizo de esto una necesidad cargada con una relevancia política e intelectual:

“Cuando comencé a inquirir, para observar y cuestionar a los que me encontraba, y mantenía charlas informales con ellos, los caminos solitarios eran escuelas para mí en las que diariamente leía con el mayor agrado las pasiones de la humanidad, allí escrutaba las profundidades de las almas humanas, almas que parecían no tener profundidad alguna para las miradas vulgares. Y ahora, estoy convencido de corazón sobre lo poco que tiene que ver aquello que denominamos aisladamente educación con el sentimiento real y el justo sentido”(Thompson 1968a: 6, 8)

Las polémicas pueden plantearse pues en todos los frentes, y sin ellas la educación se empobrecería. «Hay demasiada poca rebeldía en el aula», se quejaba en una ocasión Thompson sobre uno de sus cursos de extensión para adultos, «y [...] parece como si todo el curso pudiera llevarse a cabo sin que brotara una sola buena y acalorada discusión entre los estudiantes» (Searby 1993: 10).

Hasta el «hombre sensual de la calle», por lo tanto, podría quedar constreñido y frenado por las mentiras del consenso. La polémica era indispensable para zarandear esas mentiras, deshaciendo sus dobleces de maneras que alimentaran la conciencia crítica. En segundo lugar, había que contemplar la mentira más directa «de la autoridad», que podía tomar muchas formas, integradas tanto en el pasado como en las interpretaciones de esa historia. La mentalidad del hombre sensual de la calle no era inmune a los apologetas ideológicos ni a la capacidad de éstos para instaurar los valores hegemónicos, a partir de los cuales se asignaba en gran medida su lugar a la clase. En esa tarea participaron los economistas políticos del siglo XVIII, los eclesiásticos del XIX y los profesores universitarios del XX, todos ellos, junto a otros, blancos de las críticas de Thompson en *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. En tercer lugar, por último, aparecía la alambicada «mentira romántica en la mente». Ésta, podemos proponer, se referiría a las asunciones erradas de la izquierda, a la expectativa de una transformación social arraigada en las promesas, por ejemplo, del comunismo oficial y sus interpretaciones estalinistas; o de la socialdemocracia en su conjunto, con su gradualismo y sus procedimientos parlamentarios a favor del progreso, encarnada en el caso británico por tradiciones nacionales como el fabianismo o el Partido Laborista. Contra esas ideas políticas y contra el modo en que habían procedido a interpretar, durante décadas, las luchas obreras, Thompson opondría rotundos argumentos. Para entender cómo compuso Thompson su libro, en mi opinión resulta indispensable percatarse de que las tres partes de *La formación de la clase obrera en Inglaterra* —tituladas «El árbol de la Libertad», «La maldición de Adán» y «La presencia de la clase trabajadora»— son en el fondo polémicas planteadas con diferentes propósitos, orquestadas según unos grados divergentes de desacuerdo.

Al implicar al lector en desarrollos históricos concretos, insertos en contextos específicos de índole social, económica, política, intelectual y cultural, y al volver una y otra vez sobre las personalidades y las prácticas del periodo 1790-1832, como cerrando un círculo, Thompson fue despojando de sus muchas capas a las mentiras alegóricas, sacando a relucir fuerzas y dejando a la vista flaquezas. Con eso complicaba los posicionamientos y sentimientos de actores y analistas, y recobraba significados perdidos hacía mucho por obra de la ignorancia o el desprecio, y siempre que fuera necesario, marcaba su terreno con una negativa en redondo. *La formación de la clase obrera en Inglaterra* es básicamente la articulación de esa polémica en todos los frentes.

LA ELABORACIÓN DE LA FORMACIÓN DE LA CLASE OBRERA EN INGLATERRA: LA ESTRUCTURA DE LA ARGUMENTACIÓN.

La polémica estructuró toda la escritura de Thompson. Éste le explicó a Michael Merrill, durante una entrevista en marzo de 1976, que sus proyectos literarios no partían tanto de una elección propia como de otros escritos que le incitaban. El ímpetu inicial en este proceso era siempre la oposición a ciertos textos que azuzaban sus antagonismos. En el caso de su estudio sobre William Morris, Thompson comentaba inequívocamente cómo se había quedado prendado de Morris, y la importancia que tuvo éste en sus clases de educación para adultos; y que, tras leer «dos libros realmente terribles sobre Morris», había pensado que «es mi obligación darle réplica a esto». Con *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, un encargo alimenticio que debía convertirse en manual sobre la historia del trabajo de 1832 a 1945, «sucedió lo mismo que en el caso de Morris». A fin de conocer mejor el terreno antes de su exploración de la historia del trabajo, Thompson comenzó a leer algunos estudios publicados recientemente sobre las luchas e insubordinaciones populares y la represión previa a 1832. Quedó horrorizado por lo malos que eran esos trabajos. El antagonismo fue el resorte, y el material de estudio le absorbió. El resultado de todo ello fue *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (Merrill 1983: 13-14; Thompson 1951; Thompson 1955; Thompson 1957; Goodway 2013; Palmer 1994: 52-106).

Dicho esto, fue precisamente a causa de que *La formación* se concibió y desarrolló mientras Thompson impartía sus clases de educación de adultos, que el libro se estructuró de una manera tan particular. Thompson, aficionado a entablar diálogos con la cultura autodidacta obrera que encontraba en las aulas, ciertamente perfiló la introducción a su estudio de la formación de clase buscando conectar con la experiencia intelectual y política adquirida por la audiencia obrera de sus clases peripatéticas en Yorkshire. Así pues, Thompson tenía poco interés en estructurar su libro según los esquemas del marxismo convencional esbozados por Anderson, o en adherirse a ninguna plantilla homologada por las publicaciones académicas. En lugar de eso, comenzó con «ciertos aspectos de la conciencia plebeya»; y más tarde revelaría que en la parte primera de *La formación* había pretendido deliberadamente responder al reto interpuesto por un número de temas que él sentía que «no habían sido desvelados totalmente [...] y que permanecían como un reto». (Merrill 1983: 14-15). Desde ahí, podía avanzar hasta las polémicas de la parte segunda, que tomaban un sesgo más claramente contencioso contra aquéllos que, tanto en el pasado como en el presente, defendían y racionalizaban las disciplinas del capitalismo y su esencia explotadora. Finalmente, en la parte tercera, Thompson

tenía preparado ya el escenario para examinar el papel de la clase trabajadora según adquiriría una conciencia de su identidad y abrazaba las políticas del desafío radical frente a sus adversarios de clase. Al explorar semejante historia, Thompson no sólo hacía frente a la complacencia y la condescendencia de la derecha, sino también a los modos en que una clase diferente de anteojeras ideológicas cegaba a buena parte de la izquierda más acomodada, impidiéndole ver la naturaleza y las dimensiones de la lucha de clases del pasado. Así pues, el libro de Thompson polemizaba contra las tres mentiras señaladas por Auden: la del hombre sensual de la calle; la de la autoridad; y la de la mente romántica en la oposición ortodoxa. «Para escribir la vieja historia de nuevo», remarcó una vez Thompson, «no hay más remedio que deshacer la historia escrita por otros» (Palmer 1994: 157; Thompson 1967; Thompson 1993a).

PRIMERA POLÉMICA: LA REEVALUACIÓN DEL ÁRBOL DE LA LIBERTAD

Entre las polémicas que saca a la palestra *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, la más sutil se plantea en su parte primera, «El árbol de la Libertad». Thompson hizo alusión a ella en raras ocasiones y de manera oblicua, pero su importancia, en mi opinión, resulta primordial, y abordarla nos hace avanzar mucho en la tarea de enmendar las críticas recalcitrantes que dibujan a Thompson como un mero portavoz populista en el proyecto socialista (Matthews 2013: 59-104; Palmer 2013). Lo que quiero sugerir aquí es que *La formación de la clase obrera en Inglaterra* arranca de la manera en que lo hace por un motivo. Y lo que decidió Thompson fue lo siguiente: comenzó su libro ocupándose de una organización plebeya democrática, la Sociedad de Correspondencia de Londres, de la década de 1790, para después pasar bastante bruscamente a la cuestión de la disidencia religiosa y los textos fundacionales del «radicalismo durmiente» (Thompson 1968: 34) de los siglos XVIII y XIX —*El progreso del peregrino* de John Bunyan y *Los derechos del hombre* de Thomas Paine—, antes de volver a cambiar de tema y ocuparse de los habitantes de los «bastiones de Satán», en los que la superstición, la irreverencia pasiva, el prejuicio y el patriotismo coexistían con tendencias más desafiantes con el status quo. Finalmente, Thompson cerraba esta parte primera comentando la forma en que la Revolución Industrial se injertó en un linaje humano y sociopolítico previo, el «de los ingleses nacidos libres», un árbol de la libertad que se plantó en el suelo del nuevo régimen capitalista de la acumulación en el mismo instante en que las ideas de la Revolución Francesa surcaban las aguas del canal.

Esto creó una situación en la que, como afirmaba John Thelwall en *The Rights of Nature* (1796), «todo taller y fábrica de manufactura es una suerte de sociedad política, que ninguna acción del parlamento puede silenciar, ni ningún magistrado disolver» (Thompson 1968: 203).

Thompson comenzaba *La formación* con este enrevesado conjunto de yuxtaposiciones precisamente porque trataba de atraerse la atención de sus lectores en los cursos de adultos, buscando conducirlos a un territorio analítico que les resultara familiar y extraño a la vez. Thompson estaba complicando adrede las tradiciones propias más consolidadas de la clase obrera inglesa, y ponía en jaque asunciones que llevaban demasiado tiempo sin ser cuestionadas, observando frontalmente lugares de los que el sector más respetable del «laborismo» había apartado su mirada crítica durante muchas décadas. Como profesor de adultos en Yorkshire, Thompson sabía que tanto Paine como Bunyan se hallaban en los anaqueles de los lectores autodidactas que iban a sus clases, en volúmenes que habían pasado de una generación a otra, incluso cuando la tendencia hacia una modesta movilidad social ascendente había alterado el marco material del lugar de la clase (Eley 2013). Thompson no ignoraba el peso de la creencia común sobre la positiva contribución del metodismo al movimiento obrero (Thompson 1976). Tampoco podía pasársele por alto que el instinto de los que se dedicaban a la educación era dividir a la gente entre «los buenos, organizados o practicantes, y los malos disolutos», una decantación reforzada por las fuentes históricas y en gran medida por la complacencia ideológica del autoaprendizaje (Thompson 1968: 59).

El propósito de la parte primera de *La formación* era por tanto doble: revolucionar las valoraciones sobre convenciones tales como la del «inglés nacido libre», que a lo largo del tiempo se habían vuelto demasiado convencionales; y complicar esas tradiciones al insistir en sus esencias formales, fosilizadas a lo largo de generaciones hasta constituirse en barreras para el declarado espíritu de rebelión que originariamente las había animado. Esas tradiciones fermentarían con la puesta en valor de los estratos sociales más rudos y de su resistencia para ser asimilados en la máquina capitalista empresarial.

Así pues, Thompson situó en el contexto de finales del siglo XVIII las lecturas radicales del Norman Yoke, del árbol de la libertad, de las sociedades de reforma, de Tom Paine y de *El progreso del peregrino*. Con ello logró una foto fija de la economía de la consolidación capitalista y de las ideas de una democracia emergente y en expansión, aunque bajo la presión de un Estado proclive a la represión, la corrupción y el encarcelamiento. Se apoyó en el relato de Bunyan

en el siglo XVII sobre el peregrinaje cristiano; en las interpretaciones de William Blake sobre la inocencia y la experiencia; y tal vez hasta en los orígenes del movimiento obrero desde el prisma del reflejo de ayuda mutua desarrollado por Sydney y Beatrice Webb. Thompson recogió las corrientes radicales y los remolinos sedicentes que sustentaron a Bunyan y los trasladó a los siglos XVIII y XIX, cuando resurgieron en el pensamiento de Paine, Cobbett y Owen, aunque sacudiéndolos bien para librarlos del amarre hegemónico de «la nación» y de la subordinación de todos los intereses de clase a los de la incipiente burguesía. Deteniéndose en las agitaciones jacobinas del intervalo 1792-1796, Thompson sostenía que el radicalismo de finales del siglo XVIII «alteró las actitudes políticas de fondo de la gente, modificando los alineamientos de clase, e inauguró tradiciones que se extienden hasta el presente siglo». Thompson reinterpretó los derechos del inglés nacido libre, que una historia oficial había condensado en políticas de quietismo didáctico y un gradualismo constitucionalista y parlamentario, buscando refrendar el impulso revolucionario que contenían. John Thelwall llevó el jacobinismo hasta los límites del socialismo y la revolución, reclamando una agitación incesante que llegaba más lejos que la frase «Que el número de miembros sea ilimitado» de la Sociedad de Correspondencia londinense de Thomas Hardy. Thomas Spence, un modesto maestro de Newcastle, abogaba por la agitación clandestina, la abolición de la propiedad privada en el caso de la tierra y los derechos de las mujeres en el marco de la liberación sexual. El número de líderes así sería muy escaso, y el signo de esos tiempos posiblemente quedó encapsulado en una breve nota del amigo de William Blake, y grabador como él, George Cumberland: «Ninguna noticia, salvo que Gran Bretaña cuelga a los irlandeses, caza a los cimarrones, ceba a la Vendée y establece el mercado de carne humana» (Thompson 1994; Thompson 1968: 131, 175-179). El propósito de Thompson en *La formación* era recordar a los lectores ingleses que tales «conspiradores jacobinos en verdad existieron», aunque también quería subrayar cómo, a la altura de 1799, casi todos ellos «estaban en chirona o en el exilio» (Thompson 1968: 191). La tradición del inglés nacido libre no era el regalo de ningún Estado benevolente ni el fruto de un reconocido y alabado consenso. Se trababa de un terreno de contienda. En el contexto de la década de 1790, se consolidó mediante la lucha por la reforma, aunque sufrió reveses como la aprobación de leyes contrarias a las *trade unions* —la Two Acts, por ejemplo—, la persecución de la herejía, la infiltración de espías enviados por el gobierno en movimientos populares, los amotinamientos navales en Spithead y en el Nore en abril y mayo de 1797 y la rebelión irlandesa de 1798.

Tampoco puede calificarse a Thompson de parcial al abordar determinadas tradiciones. En el capítulo del cristiano y Apolión, por ejemplo, su complicada argumentación deja las cosas claras: el metodismo de Wesley era una influencia «políticamente regresiva», y el peso de su impacto oficial tuvo efectos perniciosos para la propagación de las libertades populares; sin embargo, dentro del metodismo había «un espíritu democrático en ciernes», que nunca pudo ser eliminado del todo y que, a pesar de la facilidad de Wesley para comprometerse con la jerarquía, también pudo dar alas al clandestino sentimiento de igualitarismo, e incluso a sectas opositoras y vociferantes. De forma más general, la historia inglesa sobre la religión disidente, según argumentaba Thompson, estaba compuesta de «colisiones, cismas, mutaciones; y uno siente con frecuencia que las semillas latentes del radicalismo político permanecen allí dentro, listas para germinar siempre que se planten en un contexto social beneficioso y esperanzador» (Thompson 1968: 39). Sin embargo, la otra cara del disenso mutó en consolación quietista, y su capacidad para estimular a grupos rebeldes y tocar la fibra opositora cambió ese impulso de antiautoritarismo democrático por una «sensiblería bisoña». En *El progreso del peregrino* de Bunyan se contempla la posibilidad de librar una buena batalla, pero se marcan las distancias entre un espíritu permanente de integridad moral y el patrimonio de la lucha:

“Cuando el contexto es esperanzador y crece el movimiento entre la masa, las energías activas de la tradición son más perceptibles que nunca: el cristiano batalla con Apolión en el mundo real. En épocas de derrotismo y apatía de la masa, el quietismo se convierte en una opción en auge, reforzando el fatalismo de los pobres: el cristiano sufre en el valle de la humillación, lejos del traqueteo de carros, y le da la espalda a la ciudad de la destrucción mientras busca el camino hasta su espiritual ciudad de Sión” (Thompson 1968: 37).

Frente a la opinión generalizada acerca de la unívoca contribución de la religión en la formación de la clase obrera inglesa, Thompson defendió una compleja dualidad entre rebelión y utilitarismo, una tensión que él veía reproducida en la discrepancia regional entre Norte y Sur, con el ímpetu moral y el secularismo metropolitano. «Cada tradición», concluía, «languidece sin el complemento de la otra» (Thompson 1968: 58).

Este argumento dialéctico también fue esgrimido frente a las interpretaciones convencionales en torno al inglés nacido libre. Thompson insistía en que un estrato social que, a finales del siglo XIX y a principios del XX, acabó siendo designado como el remanente de las clases marginadas, merecía su parte de

atención. Apenas había hueco en la respetable construcción social de la «marcha hacia delante del trabajo», que ordenaba la constitución identitaria del movimiento obrero, para disertar sobre «los bastiones de Satán». Thompson añadió a la mezcla política de «miembros ilimitados» el rechazo a borrar del retrato de la formación de clase a aquéllos cuyo encaje resultaba poco favorecedor. Las personas obreras respetables, del tipo que acudía a las clases de adultos, eran poco dadas a apreciar a quienes, ante los nuevos rigores del trabajo industrial de finales del siglo XVIII y principios del XIX, no respondieron precisamente con autocontrol, sino con la negación de aquél. Apoyándose en investigaciones que anticipaban las de Henry Mayhew a mediados del siglo XIX sobre los desposeídos de Londres, especialmente en los trabajos de Patrick Colquhoun sobre vigilancia, bares e indigencia en la década de 1790, Thompson corrigió las percepciones más simplificadoras sobre la formación de clase señalando la importancia de «las clases peligrosas». Ni las clases propietarias de la época estudiada por Thompson, ni tampoco la falange adelantada de la propiedad, que incluía en su seno al más grande archivero del emergente movimiento por el trabajo, Francis Place, se mostraron capaces de dejar a un lado «su horror ante la incuria, la ignorancia y el libertinaje de los pobres». Y, así pues, esa obstinación de los que rechazaban el proyecto de una factoría disciplinante, sugirió Thompson, había sido neutralizada con otra más de las mentiras excluyentes sobre cómo se había gestado la clase trabajadora. A fin de deshacer esta construcción, especialmente entre los autodidactas bajo su tutela, Thompson añadía a la mezcla política de su introducción la anárquica Babel de Belcebú, en la que el «populacho zarrapastroso, ocioso y alcoholizado», con sus gritos a los malditos reyes, gobernantes y magistrados, podría acabar protagonizando tumultos dirigidos por «valores brechtianos». Los levantamientos y algaradas habían de ser analizados, no sólo como vectores de la voluntad del pueblo, sino también como formas de actividad que reflejaban toda clase de protesta, orquestadas como estaban por un amplio número de impulsos, algunos de ellos contradictorios, una «casa a mitad del camino en el surgimiento de una conciencia política popular». Todo esto fue reevaluado por Thompson, cuestionando los estudios pioneros de George Rudé, así como el desprecio que la corriente académica mayoritaria profesaba a quienes eran tenidos por gentuza. La masa de finales del siglo XVIII que Thompson incluyó en su análisis de la formación de clase podía ondear el estandarte de «¡Libertad!», y con la misma facilidad lanzarse a atacar al «otro foráneo» en brutales estallidos de furia chovinista.

Las viejas nociones paternalistas sobre la economía moral chocaban con nuevos tipos de descontento, todavía formulados de una forma vaga, en la economía de mercado y en su edificio más visible, la siempre expansiva fábrica. Las levantiscas congregaciones de alborotadores podían ventilar sus agravios en el dominio público, o si no, siempre les quedaba cumplir con los mandatos de la autoridad, que conservaba su ascendiente para manipular a las masas (Thompson 1968: 59-83).

Al abordar lo que consideraba «los rasgos más robustos e indómitos» de la formación de clase, Thompson se desmarcó de las ortodoxias dominantes en la educación de adultos (Thompson 1968: 63). Éstas ponían el acento en «los sobrios antecedentes constitucionales del movimiento obrero». Al llamar la atención sobre la necesidad de más estudios «sobre las actitudes sociales de los criminales, los soldados y los marineros, de la vida tabernaria», *La formación de la clase obrera en Inglaterra* evitaba «el ojo moralizante» que tan a menudo miraba por encima del hombro para no contagiarse «del fatalismo, la ironía frente a las homilías de lo institucional, la tenacidad del instinto de conservación» tan perceptibles entre aquéllos que rechazaban «las acciones represoras de los magistrados, los propietarios de fábricas y los metodistas» (Thompson 1968: 63-64).

Estas ideas poseían de por sí un gran valor, pero Thompson las amplió con su voluntad para embarcarse en una crítica más profunda, cuestionando las políticas constitucionalistas y gradualistas que germinaron a comienzos del siglo XIX, y que una figura como Place privilegió en su deliberada y de alguna manera depurada compilación de archivos documentales sobre los orígenes del movimiento obrero. Este archivo, ensamblado con el debido respeto a las honorables y comedidas concentraciones de artesanos, en las que una marcha *whig* por los derechos de negociación colectivos se desarrollaba con ilustración, orden y sobriedad, fue el que consultaron J. L. y Barbara Hammond y Sydney y Beatrice Webb para sus pioneras representaciones de la evolución de la historia del trabajo. Thompson reconocía esta dimensión del pasado obrero, pero también advirtió, más cabalmente que ningún otro estudioso previo del movimiento de los trabajadores, lo limitada que era. El constitucionalismo, con su paciente legalismo y su fe gradual en la educación y la reforma legítima e inevitable, con el reverenciado Francis Place presidiendo liberalmente la escena, en palabras de Thompson, como un «tío Tom blanco», tal vez podía haber resultado triunfante a la larga, pero durante las primeras décadas del siglo XIX hubo de bregar también con una «paradoja dialéctica» (Thompson 1968: 96, 170).

Su retórica, de la que Paine suministró los ejemplos más enérgicos y poderosos, parecía estar siempre contribuyendo a su destrucción o a su trascendencia. Jacobinos como Joseph Gerrald lanzaban sus arengas cuando aparecían asiduamente en los tribunales durante la ola temprana de represión contra las reformas en 1794:

“La palabra ¡constitución! ¡constitución! suena en nuestros oídos con incesante perseverancia. Ése es el talismán que los enemigos de la reforma blanden sobre las cabezas de los crédulos y los simples; y como unos viejos y malévolos encantadores, tras haberlos puesto primero rumbo al hechizo, se aprovechan del adormecimiento que sus artes han creado. Pero oír a placemen y pensionistas hablar de una constitución, cuando todas sus vidas constituyen una violación en bloque de esos principios es como un monje predicando ante el pueblo”. (Thompson 1968: 140)

Paine llevó este mensaje hasta el siglo XIX, y con él el impulso del jacobinismo plebeyo de finales del XVIII. Se trataba del inglés nacido libre transformado por la economía política de clase, forjado entre la Revolución Industrial y la revolución de la burguesía y la democracia. Tras irrumpir a finales del siglo XVIII, la posibilidad de un movimiento revolucionario volvería a acechar sucesivamente en los sucesos que jalonaron las tres décadas siguientes. Lo alentaban aquéllos que no procuraban ya de figuras de autoridad para guiar sus lecturas o sus revueltas, sus tumultos o sus pensamientos. «Y el movimiento que aguardaban no pertenecía a los caballeros, los fabricantes o los contribuyentes; les pertenecía sólo a ellos» (Thompson 1968: 201).

El radicalismo por lo tanto se fusionó con la formación de clase. Los teóricos de la izquierda revolucionaria dentro de la Sociedad de Correspondencia de Londres, abiertos a una política más allá del constitucionalismo, en la que «la prensa secreta, el panfleto anónimo, la acera con carbón, el club de taberna, quizá los disturbios por comida» eran presencias obligadas, actuaban de antídoto en opinión de Thompson respecto a la retraída respetabilidad característica de la gestión de los decentes comités de las *trade unions*. Por ejemplo, ahí estaba Thomas Spence, cuya revista *Pig's Meat* (1793-1796) escogió como blanco el menosprecio dirigido por Edmund Burke hacia las multitudes embrutecidas. Spence, que fue encarcelado durante la suspensión del hábeas corpus en 1794, y que pasó otro periodo entre rejas siete años más tarde, no tenía rebozo en divulgar su visión de una «nueva República hermosa y potente» que cobraría

forma una vez el pueblo pusiera término a la guerra, arrebatara sus rentas a los tiranos y construyera su Templo de la Libertad. Cuando fue llevado ante los magistrados, Spence se describió como «el abogado no cebado de la semilla desheredada de Adán» (Thompson 1968: 170-184).

Esto suponía, por tanto, un replanteamiento desde la complejidad de las interpretaciones «oficiales» sobre los orígenes del movimiento obrero. Por mucho que se refrendaran algunas ortodoxias que habían modelado la mentalidad del hombre sensual de la calle de Auden, se las hacía avanzar —como hicieran las polémicas jacobinas a finales del siglo XVIII— hasta direcciones más radicales y decididamente combativas. De este modo, *La formación de la clase obrera en Inglaterra* también ponía nuevos acentos en viejas preocupaciones, hasta el punto de desenmascarar las mentiras alegóricas de la formación de clase en Inglaterra, desestabilizando la respetable empresa laborista. Junto a esto, Thompson expuso una noción de los desafíos revolucionarios capital en la génesis de la clase obrera conforme tomaba fuerza a finales del siglo XVIII para consolidarse en el XIX.

POLÉMICA SEGUNDA: EL ANTAGONISMO HACIA LOS APOLOGETAS EN «LA MALDICIÓN DE ADÁN»

El retrato que de sí mismo realiza Spence como un «no cebado», un no manchado por la corrupción de las rentas, y como «un abogado», o un defensor, que hablaba en nombre de la «semilla desheredada de Adán», la clase definida por su necesidad de trabajar, vale como apropiada introducción de la parte segunda de *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. «La maldición de Adán» se abre con un pasaje del Génesis 3: «Con el sudor de tu frente comerás el pan» (Thompson 1968: 206).

La argumentación en esta sección segunda de *La formación de la clase obrera en Inglaterra* resulta más convencional, y se halla más cerca de cumplir con el modelo ortodoxo de historia de la clase obrera, aquél que para un autor como Perry Anderson había desatendido Thompson, como le criticó severamente en *Arguments Within English Marxism* (Anderson 1980). Tras su ruptura con el estalinismo en la segunda mitad de los años cincuenta, Thompson se había apartado decididamente de la metáfora infraestructura/superestructura que regía tantos trabajos de análisis. Esto marcó su orientación, con el acento puesto en la agencia, en lugar de en la obediencia a una estructura, aunque Thompson insistiría en escritos repetidamente a lo largo de su vida que las directrices de una base objetiva y económica habían producido un claro y profundo impacto en el

proceso histórico y en sus desenlaces (Thompson 1957a; Thompson 1958; Merrill 1983: 17, 19-20; Thompson 1978a: 149-150). Thompson anotaría más tarde que «La maldición de Adán» comienza con la polémica sobre la «explotación», y que ese capítulo es «exactamente un comentario estructuralista» (Merrill 1983: 17). En capítulos siguientes se detalla la depauperación de sectores concretos de la clase trabajadora —peones del campo, artesanos y tejedores—, y en todas sus aseveraciones Thompson se esmera para expresar a la vez la diversidad de las experiencias dentro de la clase obrera y los costes generales impuestos al pueblo trabajador a medida que los métodos capitalistas tomaban posesión y reconfiguraban la vida material.

Sin duda, Thompson estaba menos interesado en profundizar en la economía del proceso que en los significados políticos, y alegaba que era «el contexto político tanto como la máquina de vapor lo que más había influido en la configuración de la conciencia y las instituciones de la clase trabajadora», arrastrando a toda suerte de hombres, mujeres y niños obreros a lo que él calificaba un «apartheid social» (Thompson 1968: 216-217). En parte este acento en lo social procedía de la determinación de Thompson para no reducir la experiencia de la clase trabajadora a un desenlace determinista de subordinación, lo cual le llevó a declarar desafiantemente: «La clase trabajadora se hizo a sí misma en la misma medida que la hicieron» (Thompson 1968: 213). Por otro lado, Thompson era consciente de operar dentro de un grupo de historiadores que analizaba congruentemente los problemas de clase en sus áreas de especialización. Como explicó él mismo en la década de 1970, si había «una suerte de silenciamiento en [su] escritura de los análisis económicos más severos», era debido a que consideraba que otros —como Hobsbawm y Saville— estaban escribiendo historias complementarias con un enfoque más decididamente económico. Al desgajar Thompson *La formación* y su presentación de la génesis de clase de lo que nombraba como «el conjunto», creó la falsa impresión de que separaba lo social, lo cultural y lo político de lo económico y lo material (Merrill 1983: 22).

Como cabía esperar, los argumentos de Thompson en «La maldición de Adán» apuntaban directamente contra el grueso corpus de textos académicos sobre historia económica que en los años cincuenta había desplazado a la antigua «ortodoxia catastrofista clásica», que ponía el foco en el «desequilibrio económico, la miseria brutal y la explotación, la represión política y la heroica agitación popular» de la primera mitad del siglo XIX. Contra los escritos de Karl Marx, Friedrich Engels, Arnold Toynbee, Thorold Rogers y los Webb y los Hammond, se había alzado una vociferante réplica académica, que se distinguía por su «cautela empírica», y que estaba encabezada por sir John Clapham, la

doctora Dorothy George y el profesor Ashton. Si bien Thompson reconocía los modos en que esta nueva escuela optimista «enriquecía el debate académico», era tajante al afirmar que sus miembros exhibían una «complacencia moral, una estrechez de miras en sus referentes y una familiaridad insuficiente con los movimientos reales de la clase trabajadora del momento». Entre sus calificaciones y generalizaciones quedaba perdido el «sentido del proceso en su conjunto», con una clase trabajadora forzada a entrar en una estructura de subordinación ante la que resistió con gran creatividad y resolución. En el peor de los casos, «las simpatías hoy de algunos historiadores económicos hacia el emprendedor capitalista han llevado a confundir la historia con la apología», y la publicación en 1954 de la colección de ensayos *El capitalismo y los historiadores* de F. A. Hayek sirvió de punto de referencia para tal descenso ideológico (Thompson 1968: 214-229).

Si bien la polémica de Thompson con los apologetas tomó un tono más agrio y contencioso en esta sección de *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, es imposible subestimar el rigor con el que Thompson redefinió los términos de un debate que daba signos de anquilosamiento. En el núcleo del significativo revisionismo de Thompson, había una voluntad de reconfigurar el mecánico marco de la controversia aprovechando la paradoja del enfoque dialéctico (Palmer 2013). Thompson afirmaba, por ejemplo, que era «perfectamente posible mantener dos proposiciones que, a primera vista, parecían contradictorias. A lo largo del periodo 1790-1840 se produjo una leve mejoría en las condiciones materiales de vida. En el mismo periodo, se incrementó la explotación, la inseguridad, y también el sufrimiento humano. Hacia 1840, la mayoría de la gente “vivía mejor” que sus ancestros medio siglo antes, pero veía esa ligera mejora como una experiencia catastrófica que había soportado y seguía soportando» (Thompson 1968: 231). A la vez que desmenuzaba los sinsentidos metodológicos que creaban promedios míticos e índices arbitrarios sobre la construcción social del «bienestar» —en los que, por ejemplo, un historiador realizaba el cálculo del coste de la vida a partir de unos datos sobre la comida que él mismo confesaba parecían provenir de la dieta de un diabético—, Thompson se aplicó para reescribir los términos de ese reñido comercio en el debate sobre el nivel de vida (Thompson 1968: 269). El nivel de la argumentación de los capítulos que forman «La maldición de Adán» alcanza nuevos grados de sofisticación, no sólo en su apropiación de determinados escritos históricos, sino también en su cuestionamiento de las pruebas y de lo que éstas pueden y no pueden revelar.

Por supuesto, es en esta sección del libro cuando la prosa cáustica de Thompson toma claramente la senda de la polémica. Como podía augurarse, Thompson se mostró implacable al rebatir las ideas de los apologetas que brusca y finamente desdeñaban el sufrimiento que él detallaba con tanta indignación. ¿Quién puede olvidar el relato de Thompson sobre la cantidad «media» que le correspondía en «los beneficios del progreso económico» al obrero, alimentado en las sombras de las oscuras y satánicas factorías del primer capitalismo? «Más patatas, unas pocas prendas de algodón para su familia, jabón y velas, algo de té y azúcar, y un montón de artículos en la *Economic History Review*» (Thompson 1968: 351). En otros casos, Thompson refutó a historiadores económicos conservadores como R. M. Hartwell, cuyos juicios sobre el trabajo infantil y la primera industrialización estaban deformados por un desacertado relativismo. Hartwell, en un texto de 1959, aseveraba que los lectores modernos, «bien disciplinados por su familiaridad con los campos de concentración», estaban «comparativamente inmunizados» ante los exagerados cuentos sentimentales sobre los modos en que los niños eran uncidos a la era de la máquina a comienzos del siglo XIX. Thompson expresó su repugnancia ante el hecho de que la mano de obra infantil y juvenil no dejara de crecer año tras año en Inglaterra durante la Revolución Industrial, y tras reflexionar sobre ello concluyó que «pocas cuestiones han quedado tan perdidas para la historia por la liberal aleación de alegato e ideología». Thompson replicó con aspereza a Hartwell, y su ataque tomó la forma de un fulminante análisis negativo: «Tal vez se nos permita afirmar un punto de vista más tradicional: que la explotación de niños pequeños, en esta escala y con esta intensidad, constituyó uno de los sucesos más vergonzosos de nuestra historia» (Thompson 1968: 367, 384). No afiló su pluma únicamente Thompson contra los historiadores modernos. Al hablar de un miembro del Parlamento que hizo notar, en 1819, que los muchachos trepadores que se empleaban para ciertas tareas no eran «los hijos de personas pobres, sino los hijos de hombres ricos, concebidos de una manera impropia», como si el estigma de haber nacido fuera del matrimonio los marcara de por vida, y justificara su conocimiento temprano de la explotación, Thompson repuso amargamente: «Esto muestra un fino sentido de la propiedad moral, así como una absoluta ausencia de parcialidad clasista» (Thompson 1968: 377).

Además, de acuerdo con Thompson, se trataba de una prueba de la facilidad con que en ese periodo podía eludirse la legítima crítica social recurriendo a los «escrúpulos religiosos». Mientras que al introducir «el árbol de la Libertad» Thompson había hablado sobre el impacto del metodismo en una suerte de doble dirección, en el capítulo «El poder transformador de la cruz», dentro de «La

maldición de Adán», repasó la maquinaria moral de la religión entendida como un proceso de aculturación hacia la disciplina capitalista. «El puritanismo-disenso-inconformismo: su declive culmina en capitulación», así comienza este debate sobre los apologetas religiosos (Thompson 1968: 385). Como cierre del capítulo, Thompson aseguraba que, por mucho que los radicales del cartismo y otros movimientos obreros influidos por el metodismo pudieran trasladar a sus luchas muchas opiniones desarrolladas en la tradición disidente, tenían muy poco en común con los autoritarios clérigos que representaban a la oficialidad de la Iglesia establecida. «Hay que violentar la imaginación», concluía Thompson, «para que podamos figurarnos a un tejedor cartista» como Benjamin Rushton y a Jabez Bunting, figura dominante del wesleyanismo ortodoxo durante buena parte de la primera mitad del siglo XIX, y él mismo hijo de un sastre metodista de Manchester que abrazó el jacobinismo a finales del siglo XVIII, como «partes integrantes de un movimiento con puntos en común». «¿Acaso no era Rushton el Adán al que el Dios de Bunting había condenado?» se inquiera Thompson (Thompson 1968: 436-440). Es en esta sección del libro donde Thompson pinta el retrato más devastador del metodismo, «como un desolado paisaje interior de utilitarismo en una época de transición hacia la disciplina en el trabajo y el capitalismo industrial» (Thompson 1968: 402). De hecho, posteriormente en *La formación* el autor denuncia al metodismo por su fuerte «influencia anti-intelectual, de la que la cultura popular británica nunca se ha restablecido por completo» (811). Y contra esta clase de oficio Thompson vierte todo su vitriolo argumentativo:

“Es la paradoja de una «religión del corazón» que debería ser recordada por su inhibición de toda clase de espontaneidad. El metodismo aprobaba «las obras del corazón» sólo en ocasiones especiales de la Iglesia; los metodistas escribían himnos, pero no poesía secular de valor; la idea de un amante metodista apasionado en estos años es absurda («Evita toda suerte de pasión», advirtió Wesley). La palabra es desagradable; pero se hace difícil no percibir en el metodismo de la época una forma ritual de masturbación psíquica [...] Los orgasmos sentimentales del sabbat facilitaban encauzar rectamente las energías hacia la consumación de un trabajo productivo durante la semana. [...] las llamas del infierno serían la consecuencia de una indisciplina en el trabajo [...] El trabajo era la cruz de la que colgaba el obrero industrial «transformado»”. (Thompson 1968: 405-406)

En un pasaje que anticipaba a Foucault, Thompson escribió sobre el modo en que esa transformación se expandía a todos los otros órdenes de la vida cotidiana:

“Las presiones conducentes a la disciplina y el orden se extendían desde la fábrica, por un lado, hasta la escuela dominical, y por el otro, hasta todos los aspectos de la vida: ocio, relaciones personales, discurso, costumbres. Junto con las entidades disciplinarias de las fábricas, las iglesias, las escuelas y las magistraturas y los ejércitos, las entidades paraoficiales disponían para que se cumpliera con una conducta moral ordenada” (Thompson 1968: 442)

La batalla de la Revolución Industrial se fue decantando durante el proceso a favor de los defensores del metódico binomio economía-dinero, que redefinieron la comunidad plebeya del siglo XVIII despojándola de sus acostumbradas festividades, de sus indómitos temperamentos y de toda clase de exceso. Contra ese auto de la represión, la subordinación y el adoctrinamiento, el lenguaje de Thompson se mostró implacable. Al hablar de cómo ganó Bunting sus «espuelas nacionales», la prueba de su valía, en la Conexión metodista, Thompson se negó a cerrar los ojos ante la fría indiferencia mostrada por la jerarquía eclesiástica hacia el sufrimiento, especialmente notorio en el caso de las mujeres y los niños, sirvientes en el emergente nuevo orden del capitalismo fabril con base industrial.

“Las espuelas eran necesarias, tal vez, para clavarlas en los flancos de los niños durante los seis días de la semana. En el caso de Bunting y sus amigos, parece que nos topamos con una deformidad de la sensibilidad complementaria de las deformidades de los niños de las fábricas cuyo trabajo ellos aprobaban. En toda la copiosa correspondencia de los primeros pastores de los centros industriales (Manchester, Liverpool, Sheffield, Halifax y Leeds, 1804-1815), entre interminables disputas baladíes sobre la Conexión, patrañas morales y pesquisas lúbricas acerca de la conducta privada de las jóvenes, ni él ni sus colegas parecen albergar el más mínimo escrúpulo sobre las consecuencias de la industrialización” (Thompson 1968: 390)

Y a continuación sigue el vocabulario de la denuncia provocadora: una «desorganización esencial de la vida humana»; «atrocidades psicológicas»; «procesos psíquicos contrarrevolucionarios»; «cisma de la desesperación»; «inhibiciones represivas». Thompson encontró sorprendentemente válido el dictamen realizado por W. E. H. Lecky en 1891 sobre el metodismo de

comienzos del siglo XIX: un «sistema horrendo de terrorismo religioso» (Thompson 1968: 409, 414, 419, 427, 430, 415). No se avenía con Thompson la cortés ecuanimidad del salón de actos universitario, que en 1957 definió como «una historia establecida que adopta un enfoque distante y pseudo-sociológico sobre la historia obrera». Como poderoso contraataque a esta desnaturalización del proceso histórico, Thompson aseguraba en las páginas del *New Reasoner* que «el “factor humano”, el “problema psicológico”, era fundamental para entender “un sistema de opresión económica y política”». La objetividad concernida con la verdad, afirmaba con contundencia, «guiará al historiador hasta el corazón de esta situación humana real; y una vez allí, si es digno de la profesión, hará juicios y extraerá conclusiones» (Thompson 1957: 79, 85).

Combinado con otros procesos, especialmente el de la represión brutal desencadenada por el Estado, el «poder transformador de la cruz» tuvo un impacto definitivo. El jacobinismo fue empujado hasta las catacumbas, con lo que perdió coherencia y buena parte de la operatividad que había conseguido desarrollar en la década de 1790, y la solidaridad del naciente sindicalismo, tras aprobarse la Two Acts, se acorazó con códigos que consagraban reglas y rituales, derivando en la continencia y el proteccionismo de una sociedad de socorros mutuos. Aún así, los valores colectivistas seguían prevaleciendo sobre los individuales, y había segmentos del proletariado, como la diáspora irlandesa, que conservaban una disposición rebelde, y que renunciaron a la subordinación y recurrieron a la «fuerza física», planteando batalla a las intimidaciones del freno constitucional. Contra la interpretación de Blake sobre que «todas las artes de la vida se transformaron en artes de la muerte», Thompson repuso que, a pesar de haberse disipado «la cohesión sentida en la comunidad», los obreros de comienzos del siglo XIX seguían alimentando un antagonismo hacia «sus trabajos y sus señores», forjándose para sí mismos la posibilidad de una alternativa. Polemizando contra las mentiras de la autoridad y sus dobleces, y contra todos los que propagaban la confusión tanto en el pasado como en el presente, Thompson, tras casi 500 páginas, estaba listo para analizar «La presencia de la clase obrera» en el periodo que condujo al cartismo en la década de 1830 (Thompson 1968: 488).

POLÉMICA TERCERA: LA CONCIENCIA DE CLASE Y LA CULTURA HEROICA DE LA LUCHA

Los argumentos desplegados en la parte tercera de *La formación de la clase obrera en Inglaterra* habían sido ya ensayados en las secciones precedentes del

libro. «El árbol de la Libertad» introducía el constitucionalismo y a sus críticos, así como a Francis Place, su mayor defensor y arquitecto en el emergente movimiento obrero. La consolidación de las iniciativas de los artesanos, asociados con Place, que estructuraron las corrientes de mutualidad según unas normas que primaban la seriedad, la sobriedad, y hasta un carácter pío, buscando determinar la serie de pasos a seguir, representaba tanto un logro de la autodisciplina como una domesticación de la sustancia más amenazadora de una parte considerable de la vida obrera.

En la historia sobre el intervalo 1790-1830, esta dualidad se mantuvo en una tensión constante, pero a medida que las instituciones del movimiento de los trabajadores desarrollaban y aseguraban su posición frente a sus adversarios de clase, la tendencia de los historiadores, confiando en el archivo de Place, fue la de reescribir esa historia de tensión. Omitieron las fuerzas y los sucesos que traspasaban los límites del decoro en sus actos de organización clandestina o al reaccionar en defensa de lo que consideraban sus derechos y legitimidades; actitudes que chocaban con la casi refinada etiqueta institucional de los comités de las *trade unions*, consagrados a la «decencia y la regularidad», execrando la «intemperancia, la animosidad y la profanación» (Thompson 1968: 457). La reforma respetable y el tratamiento ajustado se convirtieron en el santo y seña de una historia obrera razonable, de la clase redactada por los Hammond y los Webb, y en opinión de Thompson, ésta contenía una cantidad insuficiente de fuego subterráneo y de conspiración clandestina. Si bien era verdad que, al final de la década de 1830, concentraciones de decenas de miles de mineros, artesanos y obreros marcharon en procesiones ordenadas por Manchester y Newcastle, haciendo caso omiso de las provocaciones de la autoridad y dando muestras de una disciplinada contención, esa exhibición de fuerza de la clase —tan diferente de las algaradas del siglo XVIII— era causada menos por una articulación razonable del deseo de reformas que por un reconocimiento, en palabras de uno de los líderes obreros, de que «nuestra gente había aprendido la lección: no queríamos tumultos, sino una revolución» (469).

Y mientras la revolución amagaba con estallar de muchas formas en las primeras décadas del siglo XIX, no todas las protestas obreras se acomodaban al constitucionalismo de Place. Thompson insistía en profundizar más para llegar a lo que denominaba «la sociedad opaca», invistiendo de legitimidad a los conspiradores clandestinos, y considerando seriamente a los juramentados, los fabricantes de picas y los que rompían máquinas. Con esto rompía con la tendencia a calificar los informes oficiales, a menudo recopilados por espías, como una simple evidencia de la fobia de los poderosos. Como advirtió

Thompson en los Hammond —a los que había defendido en la parte segunda de *La formación* frente a los ataques de los apologetas académicos capitalistas y de los defensores de la nueva ortodoxia sobre el beneficioso impacto de la Revolución Industrial—, se traslucía en la pareja «una marcada disposición a emprender su investigación con la asunción de que todos los planes insurreccionales genuinos de los obreros eran o altamente improbables o, en caso contrario, errados, y por lo tanto no merecedores de sus simpatías, más que nada simples elucubraciones de los elementos más lunáticos e irresponsables». Junto a los Webb y a figuras como Graham Wallas —todos ellos fabianos—, los Hammond confeccionaron su historia del movimiento obrero a la luz de su desarrollo ulterior: las Reform Acts; el establecimiento del TUC [Trades Union Congress, la central sindical de Inglaterra y Gales]; la ascensión del Partido Laborista. «Debido a que los luditas o los revoltosos hambrientos no parecían unos “antecesores” satisfactorios para el movimiento obrero», escribió Thompson, «no se les consideró dignos de simpatía o de una atención mayor». Ésta era la mentira y sus dobleces en la mente romántica, y Thompson veía pocos motivos para continuar con esas representaciones erróneas (Thompson 1968: 647-648).

Las polémicas de «La presencia de la clase trabajadora» no sólo arremetían contra esa sensibilidad general socialdemócrata. En la parte segunda de *La formación*, la argumentación de Thompson sobre la «explotación» comenzaba con un cuestionamiento del consenso alcanzado por los interlocutores conservadores, radicales y socialistas, del pasado y del presente, al plantear una interpretación determinista de la formación de clase: «La máquina de vapor y la fábrica de tejidos de algodón equivalían a una nueva clase obrera». Citando a Engels y su *La condición de la clase obrera en Inglaterra*, que postulaba que los trabajadores de las fábricas conformaron a mediados del siglo XIX el núcleo del «movimiento obrero», Thompson mostró su desacuerdo con esta idea, y sugirió a cambio que el jacobinismo, el ludismo y el cartismo, que en su opinión representaban capítulos vitales en la creación de una organización obrera, eran menos el producto de los trabajadores de las fábricas que de otros sectores de la gente trabajadora y de sus aliados y defensores. Si bien Thompson se hacía cargo del consenso sobre esa premisa general, sus ataques se centraban sin duda en las variantes marxistas. «La presencia de la clase obrera», como comentó más tarde Thompson, tuvo como blanco principal la versión simplificada de la formación de clase preeminente en el movimiento comunista a finales de la década de 1950, rechazándose la idea de que «una especie de materia prima, como los campesinos que “atestaban las fábricas”, eran procesados para dar tantos metros de proletariado con conciencia

de clase». Los argumentos de Thompson pretendían «mostrar que había una conciencia plebeya refractada en las nuevas experiencias de la sociedad, experiencias que fueron manejadas culturalmente por el pueblo, dando así lugar a una conciencia transformada» (Thompson 1968: 209-213; Merrill 1983: 7).

Los argumentos de Thompson partían de Londres, del «Westminster radical», en el que sobrevivía algo del jacobinismo de finales del siglo XVIII y existían los vasos comunicantes entre los reformadores de clase media y de clase obrera. Se conservaba a su vez una parte de la tradición de «Wilkes y libertad», y las elecciones de Westminster acababan normalmente en disturbios. Pero la forma característica de organización londinense era el comité, en el que los artesanos radicales se codeaban con pequeños propietarios o profesionales modestos. Todos ellos, con la salvedad de algún extraño caso de patricio radical familiarizado con la conspiración tabernaria, albergaban prejuicios contra los modos toscos y las políticas aún más rudas de las desmoralizadas «clases peligrosas». En las provincias, donde Thompson siempre se sentía más cómodo, como ha señalado recientemente Wade Matthews (Matthews 2013; Palmer 2013), la represión bloqueó las vías de esa cultura del comité, obligando a los reformadores a entablar contacto con las organizaciones sindicales prohibidas desde hacía tiempo, y a asumir las políticas del radicalismo en, por ejemplo, reuniones nocturnas secretas con obreros juramentados, cuyos agravios se multiplicaban en el clima de opresión promovido por la tiranía política y la autocracia industrial. «Al norte de Trent», indicó Thompson, hablando de las diferencias regionales en «La presencia de la clase obrera», «hallamos la tradición ilegal» (Thompson 1968: 514).

La prospección de Thompson en esa corriente ilegal en *La formación* constituye, en cierta manera, el alma de su argumentación sobre la entidad de la clase, porque es en esta incursión en el subsuelo donde sus facultades imaginativas posiblemente llegan a su máxima expresión. Además de sacar los codos contra la opinión general y tener sus roces con esos principios interpretativos, es capaz de sondear fuentes y de mejorar la lectura entre líneas de las pruebas para sugerir interpretaciones alternativas ante el clamoroso ninguneo condescendiente. Al concederles más significado que el de la mera catástrofe a las conspiraciones de Despard y la calle Cato y a la sublevación de Pentridge, Thompson abjura de la visión general y prejuiciosa sobre el ludismo, para la cual era una «reacción ordinaria e improvisada de obreros manuales analfabetos, que se resistían ciegamente a las máquinas». Sensible a las divergencias regionales, Thompson describe el ludismo como un movimiento caracterizado por su alto grado de organización, que brotó en un contexto político propicio para los impulsos

insurrectos (604). A pesar de que esta visión encontraría luego una fervorosa recusación en la derecha, en realidad se oponía más específicamente a algunas asunciones de la izquierda, en particular de su variante socialdemócrata más moderada, representada en las páginas de *The Skilled Labourer* de los Hammond y en obras epigonales como *Popular Disturbance and Public Order in Regency England*, de F. O. Darvall, donde se negaba la existencia de toda prueba que insinuara una movilización revolucionaria o un ideario más allá de las disputas mundanas (si tal adjetivo puede usarse convincentemente) entre obreros y amos. Thompson contraatacó frente a este caso particular de «condescendencia de la posteridad» desplegando pruebas y especulaciones razonadas, así como una valoración contrastada de referentes materiales como la geografía de las Midlands y del norte. Su conclusión final era que las visiones peyorativas y despreciativas del ludismo sólo podían sostenerse «mediante un particular alegato que exageraba la estupidez, el rencor y el papel de los provocadores de las autoridades hasta el absurdo; o a causa de la falta de imaginación de los eruditos, que crean compartimentos y menosprecian el peso real de la tradición popular» (Thompson 1968: 631). No es sólo que Thompson imaginara el ludismo de una forma diferente; además importó para el discurso académico otra manera de calibrar las pruebas —como los informes de los espías—, distinguiendo entre las partes legítimas en los documentos de los informantes y las puras exageraciones, que se incorporaban servilmente para ganarse el favor de la vieja corrupción. A consecuencia de eso, Thompson elevó la exigencia en el estudio de los hechos y desarrollos históricos necesariamente velados por el secreto, el misterio y la incertidumbre. Estos sucesos no dejan de ser importantes por ser opacos, y el tratamiento de Thompson del ludismo es un ejemplo de inteligencia creativa, cimentada en unas fuentes fiables, que son las que emplean los historiadores, en el mejor de los casos, para extender sus análisis. En el ejemplo de Thompson, la polémica animaba el método.

Conforme *La formación de la clase obrera en Inglaterra* se acerca a su conclusión, Thompson investiga las maneras en que una conciencia del lugar de la clase y de su diferencia —así como las políticas ulteriores de desafío revolucionario— fue fomentada por los radicales —Cobbett, Hunt, Owen, Bronterre O'Brien y otros— y alentada brutalmente por la represión, a través de sucesos como Peterloo. En su investigación sobre la repercusión de radicales como Cobbett, como cabía esperar, Thompson subraya el valor de la polémica. «Cobbett», anota Thompson, «recuperó para la prosa los ritmos del habla; con una argumentación vigorosa y un verbo enfático» (Thompson 1968: 823).

Como Thompson, Cobbet también aquilataba la polémica para defender «al Pueblo, o al vulgo», como a veces le gustaba a aquél que le llamaran las voces del poder, en contra de quienes lo veían «incapaz de comprender los términos de la polémica». «¿Qué polémica?» se preguntaba un contencioso Thompson (Thompson 1968: 820).

Ya para concluir, Thompson sostiene que la formación de la clase obrera inglesa tuvo lugar dentro de una paradoja, que consolidó «la cultura popular más distinguida que haya conocido Inglaterra»:

“Contenía la enorme diversidad de oficios: los que trabajaban el metal, la madera, los tejidos y la cerámica; y sin sus «misterios» heredados y su magnífica maña con las herramientas primitivas las invenciones de la Revolución Industrial no hubiesen pasado del boceto. De esta cultura de los artesanos y los autodidactas surgieron multitud de inventores, organizadores, periodistas y teóricos políticos de una calidad impresionante. Resulta muy sencillo decir que esa cultura miraba hacia el pasado o que era conservadora. Sin duda eso tiene su porción de verdad: uno de los sentidos de las grandes agitaciones de los artesanos y los trabajadores a domicilio, durante cincuenta años más, fue resistir el proceso de convertirse en proletariado. Cuando comprendieron que esa causa estaba perdida, sin embargo, volvieron a establecer contacto, en los años treinta y cuarenta, e intentaron perseguir nuevas formas de control social por entonces sólo imaginadas. Durante todo ese tiempo estuvieron, como clase, reprimidos y segregados en sus propias comunidades. Pero lo que la contrarrevolución intentó reprimir creció con mayor determinación todavía en las instituciones cuasi-legales de la clandestinidad. Cuando la presión de las autoridades se relajaba, los hombres surgían de los minúsculos talleres y de las pequeñas comunidades de tejedores para demandar nuevas cosas. Se les decía que no tenían derechos, pero ellos sabían que habían nacido libres. La yeomanry arrasó con su reunión, y se ganó el derecho a las reuniones públicas. Los folletistas iban a chirona, y desde esas chironas redactaban sus folletos. Los sindicalistas eran encarcelados, y les acompañaban a la cárcel procesiones con bandas de música y pancartas”.

No sorprende que Thompson, tal vez dando por finalizada la polémica, concluyera con una nota de gratitud, agradeciendo a la gente trabajadora haber alentado durante medio siglo el árbol de la Libertad y librado las batallas sobre las que se había erigido una cultura heroica (Thompson 1968: 914-915).

CLASE Y THOMPSON: HAPPENINGS HISTÓRICOS

He sugerido que Thompson discutía no sólo en un frente, sino en todos los frentes; no únicamente contra interpretaciones particulares, sino también contra pruebas concretas; no sólo contra análisis apologéticos y el ciego optimismo clasista sobre el progreso capitalista, sino también contra algunos actores que han moldeado nuestra comprensión de sus tiempos de maneras deliberadas y parciales, incluso cuando daban la impresión de apoyar la reforma y defender a la clase obrera. El acento en la polémica, su diversidad representada en el multifacético símbolo de la mentira de Auden, explica el modo en que Thompson estructuró *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, y es también de gran ayuda para situar a su autor lejos de las etiquetas que en muchas ocasiones le han sido endosadas. El análisis de contrarios que he descrito señala lo infructuoso de intentar categorizar a Thompson. Tan pronto como se le coloca la etiqueta, por ejemplo, de ser un populista sentimental, lo encontramos alzando su voz contra muchos aspectos que entrarían en esa sensibilidad. También se le ha tildado de marxista, y como marxista se le ha juzgado deficiente. El marxismo de Thompson, de la forma en que aún existía mientras escribía *La formación*, friccionaba con determinadas ramas en la tradición analítica del «marxismo». En definitiva, Thompson, con su proclividad hacia la polémica, actuó de algún modo como un solitario, y para complicar todavía más las cosas, su peculiaridad muchas veces provino de la aceptación de la paradoja, con un entendimiento bifocal que resultaba imaginativamente dialéctico.

¿Cómo debe apreciarse, entonces, a Thompson? Lo mejor que podemos hacer, en mi opinión, es volver a su idea de clase, tal como la define en el prólogo de *La formación de la clase obrera en Inglaterra*: «La red sociológica con el entramado más fino es incapaz de atraparnos un puro espécimen de clase, de la misma manera que no puede entregarnos una captura del respeto o el amor», escribió (Thompson 1968: 9). Thompson, como el proceso histórico de clase que desentrañó tanto analítica como argumentativamente con tanta brillantez, también era relacional. Siempre ubicado dentro de los procesos históricos, sólo conseguía involucrarse interviniendo activamente de maneras que le llevaban a plantear una oposición, del mismo modo que la clase se fraguó a través de la

lucha, y *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, como texto, tuvo el andamiaje de la polémica. El sentido de Thompson, como el de clase, es por lo tanto inseparable de las relaciones constituidas históricamente: con los individuos y sus ideas, así como con la percepción de Thompson sobre las responsabilidades y deberes de aquéllos; con los movimientos y las movilizaciones, y con las contribuciones de Thompson a esas colectividades y sus propias expectativas sobre ellas; y con la investigación, y su diálogo con pruebas y conceptos, una danza dialéctica en la que pasado, presente y futuro eran llevados al terreno del debate, incluso de la controversia. Thompson operó dentro de la historia, y nunca estuvo demasiado alejado de las relaciones humanas, por muy dependientes que fueran de las redes deterministas que delinear las posibilidades de una alternativa política. Tal vez sea preferible ver a Thompson, y el análisis de contrarios que compuso *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, en tal caso, como veía él mismo el proceso de formación de clase, que analizó con tanta presciencia, nada más y nada menos que como un inmensamente creativo *happening* histórico.

BIBLIOGRAFÍA

- ANDERSON, P. 1964. «Origins of the Present Crisis», *New Left Review*. 23 (enero-febrero): 26-53.
- ANDERSON, P. 1965. «The Left in the Fifties», *New Left Review*. 29 (enero-febrero): 3-18.
- ANDERSON, P. 1966. «Socialism and Pseudo-Empiricism: The Myths of Edward Thompson», *New Left Review*. 35 (enero-febrero): 2-42.
- ANDERSON, P. 1980. *Arguments within English Marxism*. Londres, Verso.
- CHANDAVARKAR, R. 1997. «The Making of the Working Class: E. P. Thompson and Indian History» *History Workshop Journal*. 43 (primavera): 177-196.
- ELEY, G. 2013. «Class Formation, Politics, Structures of Feeling». De próxima aparición, *Labour/Le Travail*. 72 (otoño).
- FIELDHOUSE, R. 2013. «Thompson: the adult educator», en Fieldhouse, Roger y Charles Taylor, eds., *E. P. Thompson and English Radicalism*: 21-43. Manchester, Manchester University Press.
- GOODWAY, D. 2013. «The making of The Making», en Fieldhouse, Roger y Charles Taylor, eds., *E. P. Thompson and English Radicalism*: 44-65. Manchester, Manchester University Press.

- MATTHEWS, W. 2013. *The New Left, National Identity, and the Break-Up of Britain*. Leiden y Boston, Brill.
- MERRILL, M. 1983. «Interview: E.P. Thompson», en Abelow, Henry, et al., eds. *Visions of Hisstory: Interviews with E.P. Thompson, Eric Hobsbawm ...* : 5-25. Nueva York, Pantheon.
- MILLS, C. Wright. 1959. *The Sociological Imagination*. London: Oxford University Press. [La imaginación sociológica, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1999]
- NAIRN, T. 1964. «The English Working Class», *New Left Review*. 24 (marzo-abril): 43-57.
- PALMER, B D. 1981. *The Making of E. P. Thompson: Marxism, Humanism, and History*. Toronto, New Hogtown Press.
- PALMER, B D. 1994. *E. P. Thompson: Objections and Oppositions*. London and New York: Verso. [E. P. Thompson, objeciones y oposiciones, Valencia, Universidad de Valencia, 2004]
- PALMER, B D. 2013. «Paradox and the Thompson School of Awkwardness» en Fieldhouse, Roger y Richard Taylor. eds. *E. P. Thompson and English Radicalism: 201-224*. Manchester, Manchester University Press.
- SEARBY, P. and R. MALCOLMSON. 1993. «E.P. Thompson as a Teacher: Yorkshire and Warwick», en Rule, John y Robert Malcolmson. eds. *Protest and Survival: Essays for E.P. Thompson: 1-23*. Londres, Merlin.
- SIGAL, C. 1961. *Weekend in Dinlock*. London: Secker & Warburg.
- STEELE, T. 2013. “E.P. Thompson, the WEA and Radical Workers’ Education in Yorkshire.” In Fowler, Luke. *The Poor Stockinger, the Luddite Cropper, and the Deluded Follower of Joanna Southcott: 11-38*. Wolverhampton: Film and Video Umbrella.
- THOMPSON, E. P. 1951. “The Murder of William Morris.” *Arena*. 2 (7): 9-28.
- THOMPSON, E. P. 1955. *William Morris: Romantic to Revolutionary*. London: Lawrence & Wishart [William Morris, de romántico a revolucionario, Valencia, Edicions Alfons el Magnanim, 1988.
- THOMPSON, E. P. 1957. «God and King and Law», *New Reasoner*. 3 (invierno): 69-86.
- THOMPSON, E. P. 1957a. «Socialist Humanism: An Epistle to the Philistines», *New Reasoner*, 1 (verano): 105-143.
- THOMPSON, E. P. 1958. «Agency and Choice», *New Reasoner*. 5 (verano): 89-106.

- THOMPSON, E. P. 1959. «The New Left», *New Reasoner*. 9 (verano): 1-17.
- THOMPSON, E. P. 1959a. «A Pessay in Ephology», *New Reasoner*. 10 (otoño): 1-8.
- THOMPSON, E. P. 1961. «The Long Revolution (Part I)», *New Left Review*. 9 (mayo-junio): 24-33.
- THOMPSON, E. P. 1967. «Preface», en Lynd, Staughton. *Class Conflict, Slavery, and the United States Constitution*. Indianapolis: Bobs-Merrill.
- THOMPSON, E. P. 1968. *The Making of the English Working Class*. Harmondsworth, Penguin. [La formación de la clase obrera, Barcelona, Crítica, 1989 / Madrid, Capitán Swing, 2012]
- THOMPSON, E. P. 1968a. *Education and Experience: Fifth Mansbridge Memorial Lecture*. Leeds, Leeds University Press.
- THOMPSON, E. P. 1970. *Warwick University Ltd: Industry, Management, and the Universities*. Harmondsworth, Penguin.
- THOMPSON, E. P. 1976. «On history, sociology, and historical relevance», *British Journal of Sociology*. 27 (septiembre): 387-402.
- THOMPSON, E. P. 1977. «Preface», en Lynd, Staughton. *Class Conflict, Slavery, and the United States Constitution*
- THOMPSON, E. P. 1978. *The Poverty of Theory & Other Essays*. Londres, Merlin.
- THOMPSON, E. P. 1978a. «Eighteenth-Century English Society: Class Struggle without Class», *Social History*. 3 (2): 133-165.
- THOMPSON, E. P. 1979. «C. Wright Mills: The Responsible Craftsman.» *Radical America*. 13 (4): 61-74.
- THOMPSON, E. P. 1993. *Witness Against the Beast: William Blake and the Moral Law*. Cambridge, Cambridge University Press.
- THOMPSON, E. P. 1993a. «Theory and Evidence», *History Workshop Journal*. 35 (primavera): 274-275.
- THOMPSON, E. P. 1994. «Hunting the Jacobin Fox», *Past & Present*. 142 (1): 94-140.

Recibido: 19 de julio de 2013
Aceptado: 30 de septiembre de 2013

Bryan Palmer es Catedrático de Investigación sobre Canadá. Director del Departamento de Estudios Canadienses. Sus intereses de investigación son la historia social y de la clase obrera; historia y teoría; historiografía; tradiciones radicales y la izquierda revolucionaria. Es autor de 12 libros, editor de 5 colecciones de ensayos / biografías orales / panfletos y editor de la revista Trabajo / Le Travail. Sus artículos se han publicado extensamente en revistas académicas canadienses así como en revistas internacionales en los Estados Unidos, Inglaterra, Italia, España, Brasil y otros países. Sus libros más recientes son la edición (con Joan Sangster) de *Labouring Canada: Class, Gender, and Race in Canadian Working-Class History* (Toronto: Oxford University Press, 2008) y *Canada's 1960s: The Ironies of Identity in a Rebellious Era* (Toronto: University of Toronto Press, 2009). Sus publicaciones han sido nominadas o han ganado varios premios académicos. Un libro reciente, *James P. Cannon and the Origins of the American Revolutionary Left, 1890-1928*, publicado por la University of Illinois Press, en 2007, fue considerado el mejor libro publicado por un historiador en Canadá en un campo distinto de la historia de Canadá. Otro libro, *Cultures of Darkness: Night Travels in the History of Transgression – from Medieval to Modern* (New York: Monthly Review, 2000) fue galardonado con el Choice Gold Seal Award en el concurso anual de la revista para los libros académicos más destacados.